

Plaza Pública
Diario de un espectador
Amado Nervo
por miguel ángel granados chapa

para el viernes 1 de febrero de 2008

Épocas hubo en que la lectura y la declamación de poemas de Amado Nervo eran parte imprescindible de la educación cívica o de la educación sentimental. En las fiestas escolares se repetía su canto a los Niños héroes (“como renuevos cuyos aliños un viento helado marchita en flor, así cayeron los héroes niños ante las balas del invasor”). Y en el bullicio de tales fiestas, o en la buscada intimidad de la pareja adolescente se recitaban o musitaban sus poemas de amor. O más de uno los paladeaba a solas, preso de la magia de las palabras y aunque careciera de la experiencia del dolor amoroso: “¡Síguela!, con febril premura gritaron cuerpo y alma al par; pero tuve miedo de amar con locura, de abrir mis heridas que suelen sangrar, y no obstante toda mi sed de ternura, cerrando los ojos la dejé pasar”.

Pero el conocimiento generalizado de esos y otros muchos versos de Nervo, conocimiento menguante en los tiempos que corren, no significa que se haya divulgado su obra en toda su extensa magnitud. Por eso es un acierto que una antología de sus piezas de prosa y de su poesía hayan sido incluidos en el volumen cinco de la serie Viajes al siglo XXI, a la que nos hemos referido esta semana. Gustavo Jiménez Aguirre (con la colaboración de Yólotl Cruz, Eliff Lara, Marcela Reyna e Iztel Rodríguez) hizo la selección y el estudio preliminar. El volumen se titula El libro que la vida no me dejó escribir, expresión salida de Habla el poeta, donde Nervo se presenta a sí mismo, en Madrid, en octubre de 1907:

“Nací en Tepic, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de 1870. Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó, encogiéndolo. Se llamaba Amado y me dio su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo, y esto que parecía seudónimo —asi lo creyeron muchos en América--- y que en todo caso era raro, me valió, quizá, no poco para mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál hubiera sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral o si me hubiese llamado Pérez y Pérez.

“Empecé a escribir siendo muy niño, y en cierta ocasión una hermana mía encontró mis versos, hechos hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. Y eso fue todo. Un poco más de rigidez y escape para siempre. Hoy sería, quizá, un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño. Por lo demás, mi madre también escribía versos, y también a hurtadillas. Su sexo y sus grandes dolores la salvaron a tiempo, y murió sin saber si tenía talento; ahora lo habrá descubierto con una sonrisa piadosa.

“No he tenido ni tengo alguna tendencia literaria especial. Escribo como me place...No sostengo más que una escuela: la de mi honda y perenne sinceridad.

“He hecho innumerables cosas malas en prosa y verso, y algunas buenas, pero sé cuáles son unas y otras. Si hubiese sido rico, no habría hecho más que las buenas, y acaso hoy se tendría de mí un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo. ¡No se pudo! Era preciso vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituida por el periódico. De todas las cosas que me duelen, es esta la que me duele más: el libro breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el libro libre y único.

“He publicado hasta hoy, en prosa, El bachiller, El donador de almas, Pascual Aguilera, Otras vidas —en el que están los tres anteriores reeditados— Almas que pasan, e infinitos artículos de todos géneros en infinitos periódicos y revistas. La prensa y los críticos en general se han ocupado muchísimo de mí, pero casi siempre para decirme horrores. Me he comido diez toneladas de sapos frescos...y los he digerido”.